



*La Ninfa
Constante*

Charles Boyer

Joan Fontaine



La ninfa constante

1953

Magnífico asunto según argumento basado en la novela y obra teatral de
MARGARET KENNEDY

Guión de
KATHRYN SCOLA

Director
EDMUND GOULDING

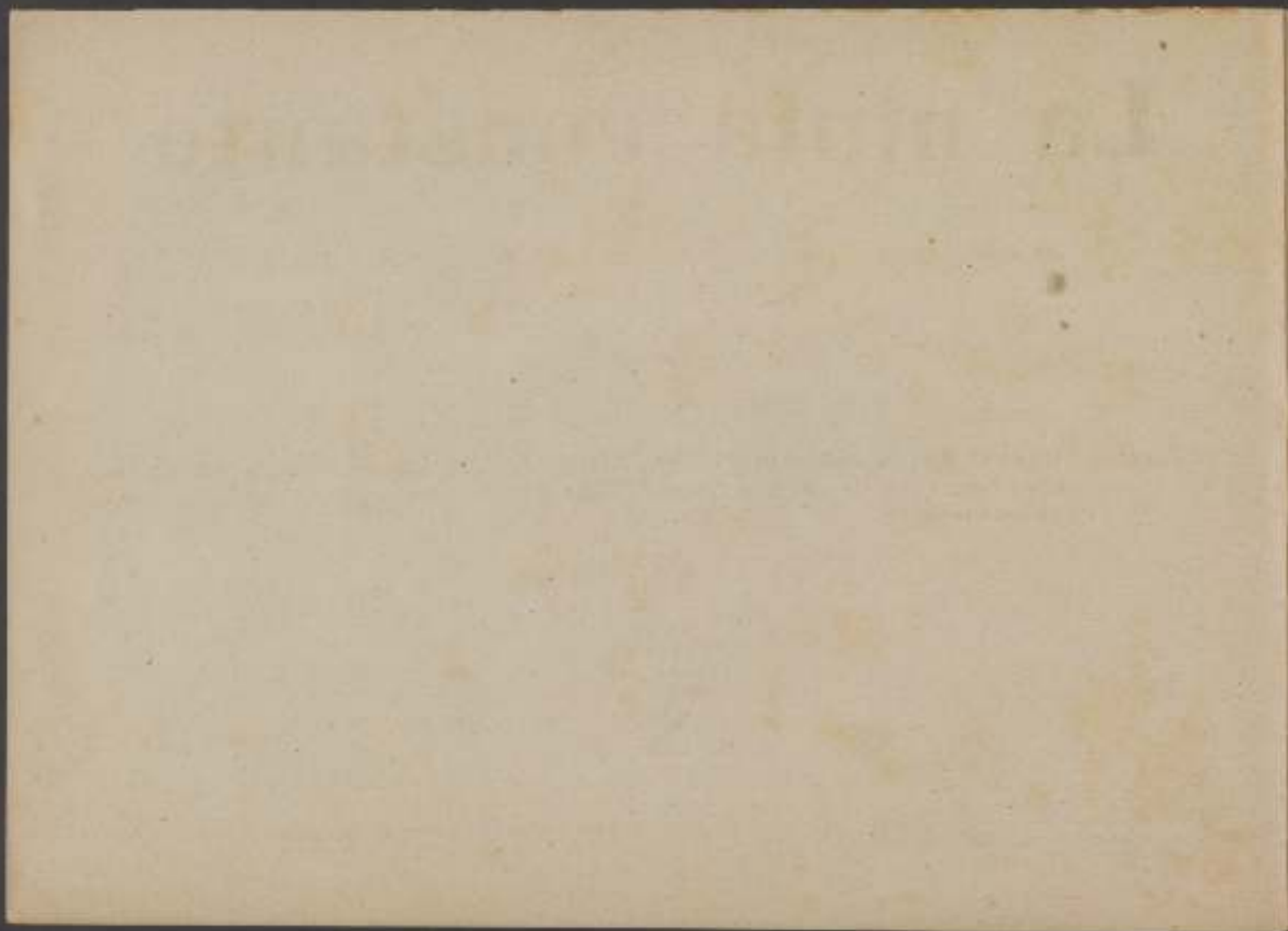
Productor
HENRY BLANKE

Intérpretes: **CHARLES BOYER - JOAN FONTAINE - ALEXIS SMITH** - Brenda Marshall - Charles Coburn - Peter Lorre - Dame May Whitty - Jean Muir - Joyce Reynolds - Montagu Love - Edward Clannelli

Es un film



EDICIONES BISTAGNE — Pasaje de la Paz, 10 bis — Barcelona



La ninfa constante

(SINTESIS DEL ARGUMENTO DE LA PELICULA)

Lewis Dodd había fracasado rotundamente en Londres. La crítica decía que su música no tenía alma. Y ante el fracaso de sus mejores ilusiones y esperanzas, el joven músico belga decidió marchar al pueblecito suizo en donde residía la familia Sanger, que era casi como su propia familia.

Los Sanger eran pobres, bohemios, artistas y con una infinita capacidad de ternura. La familia estaba compuesta por el padre, viejo músico borrachín y romántico, y sus cuatro hijas: Tony, Paula, Kate y Tessa... "¡Tessa, lo mejor del ramillete!", como decía siempre Lewis cuando hablaba de ellas, a las que conocía desde que eran niñas y las quería como si fueran sus hermanas.

Cuando Roberto, el fiel criado que ayudaba a los Sanger, entregó a Tessa un telegrama procedente de Bélgica, la chiquilla llenó toda la casa con sus voces anunciando la llegada de Lewis Dodd, del que llevaba a todos la alegría de su presencia y a Tessa,

en particular, la dicha de tener junto a ella a aquel hombre al que amaba con un gran amor de mujer nacido en su corazón de niña.

Corrió junto a su padre, eternamente encerrado en su cuarto tocando al piano sus bellas composiciones y entregado por entero a la bebida, y le dijo emocionada:

—Lewis llega... Papá, ¿quieres que te corte el pelo y te arregle un poco la barba? ¡Lewis va a pensar que no hay nadie que se ocupe de ti!

Pero Lewis no pensó nada, nada más que en la dicha de encontrarse en aquel hogar sonriente en medio de su miseria, porque en él sonreía el amor de aquellas chiquillas encantadoras.

—¡Qué mayores! —exclamaba, mirándolas arrobado—. Me estáis haciendo viejo. Si seguís creciendo así vais a parecer mujeres de verdad...

Sólo halló la tristeza de que Tony, la mayor, se había marchado a la ciudad con Fritz Bercovy, y

Lewis temía por las intenciones que Bercovy pudiera tener con respecto a Tony.

Pero esta tristeza se disipó con el regreso de la muchacha. Había pasado una semana en la ciudad y volvía convertida en una señorita... una señorita con aire de felicidad, pero en verdad amargada por un desengaño. Su escapatoria le había despejado su espíritu de ilusa y volvía con la frente alta, pero desencantada.

Lewis sermonizó y amparó paternalmente a Tony y luego, para distraerlas, se reunieron en la sala de música y ensayaron una canción compuesta por él, especialmente para las hermanas Sanger.

Era una melodía triste en el fondo de una canción dolorosa:

*Cuando tú mueras los pájaros no cantarán,
cuando estés fría el sol no se levantará,
No más días dichosos
contemplarán esos hermosos ojos...*

Tessa escuchó el ensayo embebida y sentimental, mientras Lewis decía a los intérpretes, dirigiendo la canción:

—Ahora vayamos al unísono...

Cuando terminó, Tessa salió corriendo, con los ojos llenos de lágrimas, y Lewis la siguió, la hizo

sentar a su lado, la consoló indagando en el fondo de sus sentimientos.

—Ya sabes que yo te quiero mucho, Lewis, te quiero más que a nadie en el mundo — le confesó con una tierna ingenuidad.

Lewis la acarició y le dijo:

—Es un error querer a nadie mucho en esta vida, mi pequeña Tessa... lo mejor del ramillete... Porque antes de que se dé uno cuenta, llegan las preocupaciones, las amarguras, el propio sacrificio por el ser amado... y todas esas cosas tan tristes...

—...a pesar de las cuales yo seguiré queriéndote siempre más que a nadie en el mundo — concluyó Tessa, sonriendo dulcemente.

Más tarde Lewis Dodd tuvo una larga charla con Sanger, quien le alentó a escribir música sentimental, con alma, con melodías brotadas del sentimiento.

El viejo Sanger sentóse al piano y tocó una melodía dulcísima:

—Es preciso haber llorado mucho para ser un buen compositor — dijo a Lewis, que le escuchaba. Y luego volvió a beber, a beber para olvidar todo lo que él había llorado en la vida.

Aquella misma tarde sobrevino a Sanger un ataque fulminante de apoplejía y cayó al suelo sin vida, cuando Tony había entrado a pedirle perdón por su escapada a la ciudad. Le recogieron y le pusieron

sobre el lecho. Todos los rostros estaban tensos ante el angustioso misterio de la muerte; incluso los de Lina, la rubia cantante rusa que había llevado a la casa muchas amarguras, y el de Trigorin, que había ido a ofrecer un contrato a Sanger y que ante la muerte de éste huyó con la propia Lina.

Las hermanas Sanger llenaron de flores la tumba de su padre, abierta al pie del bendito Crucero de la colina.

Tony se reconcilió con Fritz Bercovy, que fué a dar el pésame por la muerte del viejo Sanger y que dijo a las niñas que quería casarse con Tony. Esta, amándole también, accedió y permitió que Fritz le besara la mano que le concedía.

Roberto, el viejo criado, informó a Lewis de los parientes ricos que tenían en Londres los Sanger, y éste les escribió contando la situación en que quedaban las niñas y encareciendo la urgencia de su presencia en aquella casa falta de todo amparo.

Acudieron Charles Creighton y su hija Florencia. Charles era un tipo original y divertido; su hija una mujer encantadora, elegante, mimada por la fortuna y por la sociedad, egoísta y considerándose superior a todos. Florencia sintióse atraída desde el primer momento por Lewis y éste cayó en las redes que la coquetería y la voluntad femenina tejieron en torno suyo. Antes de que pasara un mes se ha-

bían prometido formalmente y anunciaron al señor Creighton su próxima boda.

Cuando Tessa los sorprendió abrazándose, huyó de su lado hacia la casa y tuvo uno de aquellos largos desmayos que sufría a consecuencia de una lesión cardíaca contraída ya antes de nacer. La atendieron Paula, Roberto y Lewis. Cuando abrió los ojos estaba muy pálida y sonrió a Lewis haciendo un esfuerzo, y recordó las palabras que él le había dicho:

—Antes de que se dé uno cuenta, llegan las preocupaciones, las amarguras... todas esas cosas tan tristes...

Para Tessa habían llegado ya; pero a pesar de ellas "segua queriéndole más que a nadie en el mundo".

Mejóro en seguida y se divertía con las "originalidades" de Charles, que tenía un modo peculiar de hablar con las personas. A Fritz, cuya baja estatura contrastaba con su opulenta humanidad, le saludó así, apenas le vió:

—Tiene usted aspecto de andar buscando alguna cosa. ¿Qué es lo que viene a hacer aquí?

Y Tessa y Paula rieron ante la expresión de susto de su futuro cuñado.

* * *

Tessa y Paula marcharon a Londres con los Creighton, casada ya Florencia con Lewis, y fueron internadas en un Colegio para convertirlas en perfectas señoritas, mientras en el hogar de los nuevos esposos surgían las primeras disensiones a causa de la contraposición de caracteres entre Florencia y Lewis.

—Nunca he permitido que nadie me maneje en este mundo, y no voy a consentirlo ahora. ¡No soy un niño! — gritó Lewis un día en que Florencia se empeñaba en imponerle su voluntad que hasta entonces jamás había encontrado díque que la contuviera.

Charles Creighton, que había escuchado la discusión, dijo luego a su yerno en tono de confidencial consejo:

—Hay que tratar a las mujeres con mano de hierro... y guante de terciopelo...

Pero a Lewis aquella política se le hacía difícil. Aquella misma noche, antes de la recepción que Florencia daba en su casa y que había sido origen de la discusión, llegó carta de las niñas, y Lewis la arrebató de manos de su esposa para leerla.

—La carta de las niñas está dirigida a mí — dijo él, sin hacer caso de la fingida amabilidad de Florencia.

Las niñas se aburrían en el Colegio y Tessa había empeorado de su lesión cardíaca. Pedían que las

sacaran del Colegio y amenazaban con escaparse, si no iban a buscarlas.

A la fiesta acudieron Fritz y Tony, transformados en matrimonio dichosísimo. Y más tarde llegaron las niñas, que se habían escapado del Colegio. Lewis las abrazó:

—¡Queridas!... ¡Cuánto tiempo sin veros!...

Sólo Florencia mostraba bien a las claras su disgusto, tanto que Tessa, con su dulce candor, le dijo:

—No te enfades, Florencia... Es que ya no podíamos aguantar más en aquel Colegio.

Y Tessa se quedó en casa de los Creighton, mientras Paula se marchaba con Tony a París.

El amor de la niña hacia Lewis agravó la situación entre los dos esposos hasta el punto de que el mismo Charles dijo a su hija:

—No soy tan tonto como para no darme cuenta de las cosas. ¡Estás celosa de Tessa!

—¡La odio intensamente! — confesó Florencia con sincera angustia.

Era el día en que iba a celebrarse el gran concierto en el que Lewis presentaba su sinfonía, inspirada en la canción que compuso para las hermanas Sanger, ampliada hasta la admirable orquestación de una gran sinfonía, y en la que Tessa había colaborado con sus acertadas indicaciones, despertando ansias desconocidas en el corazón del compositor, ansias de

pasión, de sacrificio, de amor sublime. Todo Londres hablaba del concierto. Y los pasquines anunciadores estaban en todas las calles.

Fritz y Tony fueron a París para asistir al estreno y regalaron a la pequeña Tessa un maravilloso vestido de noche, que mostró a Lewis, siempre a Lewis, todo para Lewis, con aquel ingenuo amor que le asomaba a los ojos y a las palabras.

—Estarás hecha una verdadera señorita — afirmó el músico con una sonrisa.

—Así podré ir a escuchar tu concierto. Ahora has puesto en la sinfonía todo tu corazón.

Florencia puso una mano sobre el hombro de Tessa y le preguntó, dolida:

—¿Tan familiarizada estás con el corazón de Lewis?

—Le quiero mucho... —susurró Tessa—. Y además, le he querido siempre mucho...

Por si aquella confesión fuera poco para exasperar a Florencia, ésta descubrió que el magnífico ramo de camelias que había recibido en nombre de su marido, no era éste quien se lo había mandado. Tessa confesó que era ella la que había comprado las flores... Lo hizo por un bien... ¡y había salido mal!

La violencia de las escenas y la emoción del concierto, provocaron en Tessa, cuando ya estaba vestida con su traje blanco, uno de sus colapsos. Fué Flo-

rencia la que acudió a atenderla, y, al verse a solas con ella, la increpó duramente:

—Te hablo de mujer a mujer... ¡Te acuso a la cara! ¡Has venido a esta casa a robarme a mi marido, y lo has conseguido! — gritó.

—Sí, amo a Lewis; le amaba mucho antes que tú; y aunque esto sólo ha traído tristezas a mi vida, hay algo superior a mí misma que me permite soportarlo —dijo Tessa con angustiosa expresión—. ¡Pero no he venido a robarte nada! ¡Es abyecto lo que piensas de mí! ¡Amo a Lewis sin que yo misma pueda remediarlo... pero te juro que jamás volveré a verlo!

Volvió a vestirse con el traje de colegiala, preparó su maleta y esperó a que todos se marcharan al concierto y Tessa se quedó sentada en el sillón, escuchando aquella música que era el alma de Lewis que le estaba contando a ella, sólo a ella, todas sus cosas. Sentía en el corazón una infinita angustia; pero seguía escuchando el concierto a través de la radio, con la flor que Lewis dejó olvidada entre sus dedos.

De pronto, la voz de la solista se elevó por encima de los acordes de la orquesta, entonando la magnífica canción:

*Cuando tu mueras los pájaros no cantarán...
Cuando yo esté muerta... otro amor te cuidará...*

Tessa se llevó una mano al corazón que le dolía muy fuerte:

—Tengo miedo... — gimió—. ¡Estas palabras me asustan!

*Cuando esté en mi tumba, crecerán las flores más
la belleza seguirá viviendo junto a ti ¡hermosas,
aunque yo duerma eternamente bajo tus pies...*

—Tengo miedo... ¡Tengo miedo! — gritó Tessa con angustia.

Y cayó al suelo desvanecida, en un último desmayo del que no había de despertar jamás.

Roberto la recogió del suelo, la tumbó en el sofá

y la dejó allí, con su camelia en la mano. Parecía que todavía iba a abrir los ojos y a sonreír, como hacía siempre, pasado el colapso.

Cuando el compositor, después del arrollador triunfo obtenido con su música, llegó a casa y entró a ver a la niña, pensó que Tessa estaba dormida, con la flor en la mano, como la blancura de un sueño, pero la expresión de Roberto, que lo acompañaba lloroso, removió todo su ser en trágicas sospechas, se acercó medroso, como quien teme ahuyentar una visión celestial... y al comprobar la verdad, la terrible verdad, creyó que el mundo se abría a sus pies.

Y Tessa, serena, constante en su gran amor, parecía sonreír...

La había matado el amor... y seguía amando.

F I N



Tessa, Tony y Paula Sanges.



Roberto, el fel crindo, entregó a Tessa un telegrama de Bélgica...



—Lewis va a pensar que no hay nadie que se ocupe de ti.



—¡Qué mayores! Me estás haciendo viejo.



...y volvía convertida en una señorita...



*...con aire de felicidad, pero amargada
por un desengaño...*



...una canción compuesta por él...



Cuando tú mueras los pájaros no cantarán...



—Es un error querer a nadie mucho en esta vida



El viejo Sanger tocó una melodía dulcísima...



—Es preciso haber llorado mucho para ser un buen compositor.



Todos los rostros estaban tensos ante el angustioso misterio de la muerte.



...llenaron de flores la tumba de su padre.



Fritz dijo a las niñas que querían casarse con Tony.



Tony accedió y permitiéndole besar su mano.



Roberto informó a Lewis de los parientes ricos...



Estaba pálida y sonrió a Lewis haciendo un esfuerzo.



—¿Qué es lo que viene a hacer aquí?



—¡Nunca he permitido que nadie me maneje en este mundo!...



—Hay que tratar a las mujeres con mano de hierro... y guante de terciopelo.



—La carta de las niñas está dirigida a mí...



A la fiesta acudieron Fritz y Tony...



—¡Queridas!... ¡Cuánto tiempo sin veros!



—Es que ya no podíamos aguantar más en aquel colegio.



—¿La odio intensamente!



—Estarás hecha una verdadera beborita...



—¿Tan familiarizada estás con el corazón de Lewis?



Tessa confesó que era ella la que había comprado
las flores.



Tessa lo hizo por un bien... y había salido mal.



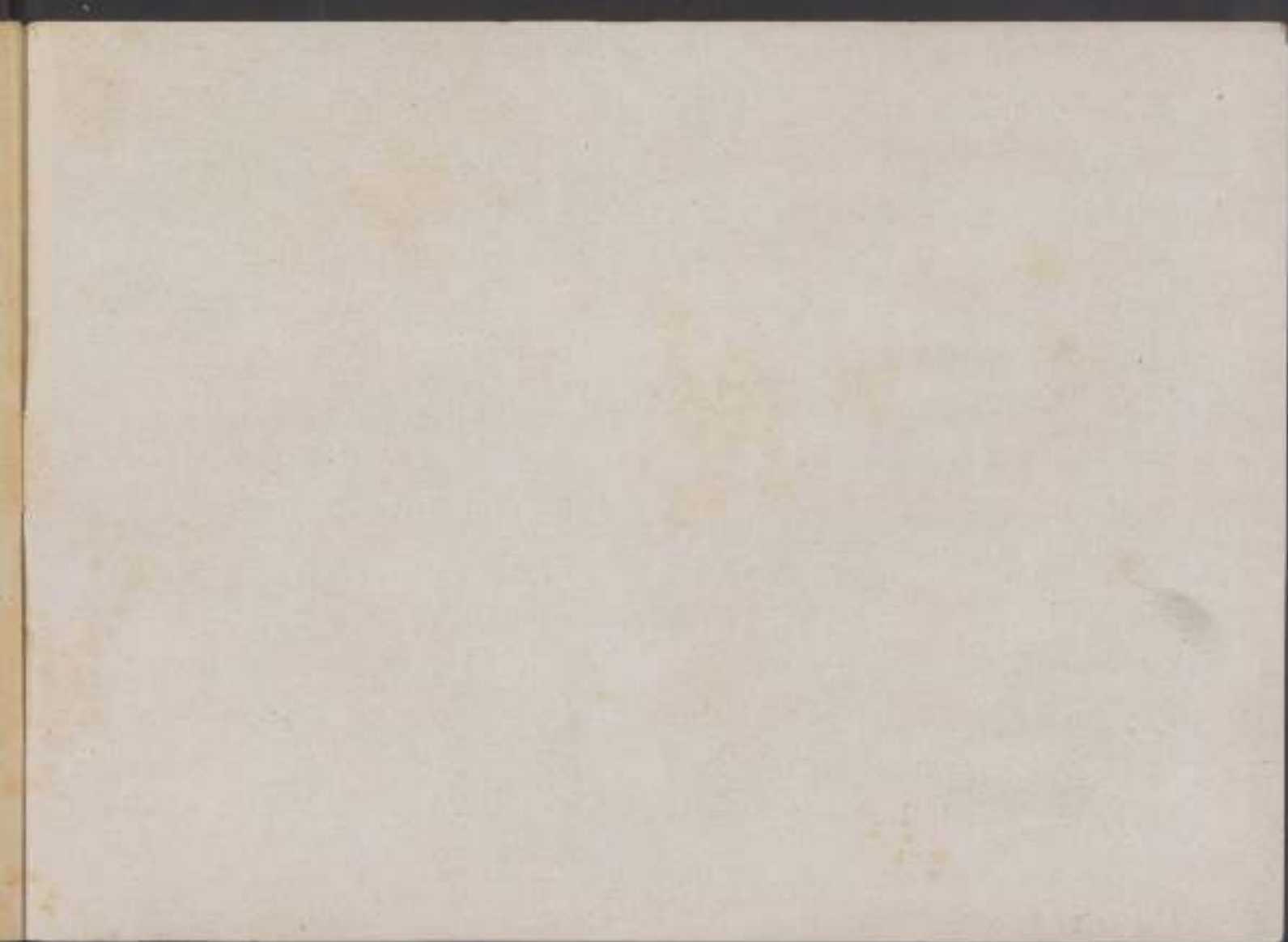
—¡Amo a Lewis sin que yo misma pueda remediarlo!..



...escuchando aquella música que era el alma de Lewis...



...se acercó medroso...





Cubierta F. G. J. SOLER
Perevalencia, 60 - Barcelona